

FERDINAN ANTOINE  
OSSENDOWSKI

BESTIAS,  
HOMBRES, DIOSES

# ÍNDICE

## PRÓLOGO:

Ferdinand Antoine Ossendowski .....	Pág.	4
-------------------------------------	------	---

## PARTE I. – *A brazo partido con la muerte:*

Cap. I. – En la selva .....	6
– II. – El secreto de mi compañero de camino .....	10
– III. – La lucha por la vida .....	13
– IV. – De pesca .....	15
– V. – Un vecino peligroso .....	16
– VI. – El trabajo del río .....	18
– VII. – A través de la Rusia soviética .....	20
– VIII. – Tres días al borde de un precipicio .....	21
– IX. – Hacia los montes Sayans y la libertad .....	23
– X. – La batalla del Seybi .....	27
– XI. – La barrera roja .....	31
– XII. – En el país de la paz .....	33
– XIII. – Misterios, milagros y nueva batalla .....	37
– XIV. – El río del diablo .....	40
– XV. – La marcha de los fantasmas .....	43
– XVI. – En el Tíbet misterioso .....	45

## PARTE II. – *La tierra de los demonios:*

Cap. I. – La Mongolia recóndita .....	49
– II. – El misterioso lama vengador .....	54
– III. – Los chahars .....	58
– IV. – El demonios de Jagisstai .....	60
– V. – El antro de la muerte .....	64
– VI. – Entre asesinos .....	66
– VII. – Sobre un volcán .....	69
– VIII. – Castigo sangriento .....	73
– IX. – Días de angustia .....	75
– X. – La banda de “hunghutzes” blancos .....	80
– XI. – El misterio del templo .....	82
– XII. – El soplo de la muerte .....	84

## PARTE III. – *En el corazón del Asia febril:*

Cap. I. – Por la ruta de los grandes conquistadores .....	88
– II. – ¡Alto! .....	94
– III. – Viaje con “urga” .....	96
– IV. – Un viejo adivino .....	99

- V. – “La muerte, personificada en un hombre blanco, os acechará para mataros”	101
- VI. – Los horrores de la guerra .....	103
- VII. – En la ciudad de los dioses vivos, los treinta mil budas y los sesenta mil monjes .....	105
- VIII. – Hijo de cruzados y corsarios .....	108
- IX. – El campamento de los mártires .....	113
- X. – En presencia de Buda .....	116
- XI. – El hombre de cabeza en forma de silla de montar .....	120

PARTE IV. – *El Buda vivo:*

Cap. I. – En el jardín bienaventurado de las mil bienandanzas .....	123
- II. – El polvo de los siglos .....	127
- III. – Los libros de los milagros .....	129
- IV. – El nacimiento del Buda vivo .....	131
- V. – Una página de la historia del buda vivo .....	132
- VI. – La visión del Buda vivo .....	134

PARTE V. – *El misterio de los misterios. El rey del mundo:*

Cap. I. – El reino subterráneo .....	136
- II. – El rey del mundo, enfrente de Dios .....	139
- III. – ¿Realidad o ficción mística? .....	141
- IV. – La profecía del rey del mundo en 1890 .....	142

VOCABULARIO .....	144
-------------------	-----

# PRÓLOGO

## FERDINAND ANTOINE OSSENDOWSKI

Hay épocas, hombres y acontecimientos de los cuales solo la Historia puede emitir un juicio definitivo; los contemporáneos y los testigos oculares únicamente deben referir lo que han visto y oído. La verdad misma lo exige.

TITO LIVIO.

*Es interesante y casi imprescindible para comprender bien esta obra extraordinaria, verdadera serie de aventuras terribles y apasionadas, tan llenas de color que a veces parecen inventadas y en ocasiones diríase arrancadas de una realidad pretérita, dar a conocer, siquiera sea con brevedad, la personalidad de su autor y los antecedentes del hombre a quien los acontecimientos anormales de nuestra época sometieron a tan duras pruebas, a la condición de Robinsón Crusoe del siglo XX y a la de veraz explorador y revelador de las fuerzas misteriosas, políticas y religiosas, que hacen vibrar el corazón de Asia.*

*Fernando Ossendowski es un sabio ilustre, un escritor polaco, de pluma ágil y colorista, y un observador perspicaz, cuyos méritos científicos garantizan la exactitud de cuanto relata. En tiempos fue profesor de la Escuela de Guerra de Varsovia, así como también de la de Estudios Comerciales Superiores de la misma capital.*

*En 1899 y 1900, Ossendowski siguió los cursos de la Sorbona y trabajó en el laboratorio de Física y Química de los señores Trots y Bouty. Durante la Exposición de 1900 formó parte de la Comisión de técnicos en la sección de Química. Reconocido mercedamente como una autoridad en el problema de las minas de carbón a orillas del Pacífico, desde el estrecho de Behring hasta Corea, descubrió también un gran número de minas de oro en Siberia.*

*Sirvió en el Ejército ruso como alto comisario de Combustibles, a las órdenes del general Kuropatkin, durante la guerra rusojaponesa.*

*En el transcurso de la Gran Guerra fue enviado a Mongolia en comisión especial de investigaciones, y entonces empezó a hablar la lengua de este país. Durante algunos años fue consejero técnico del conde White para los asuntos industriales cuando este último perteneció al Consejo de Estado. Se ha distinguido en varios trabajos científicos, que le valieron ser nombrado profesor de Química Industrial en el Instituto Politécnico de Petrogrado, donde también desempeñó al mismo tiempo la cátedra de Geografía Económica. Su experiencia como ingeniero de Minas le llevó al Comité ruso de minas de oro y platino, y más tarde a la dirección del periódico Oro y platino. Se dio a conocer como periodista y escritor, tanto en lengua polaca como en la rusa, con quince volúmenes de interés general, sin contar numerosos estudios científicos. La declaración de guerra le halló agregado como consejero técnico en el Consejo Superior de Marina. Después de la revolución pasó a ser profesor en el Instituto Politécnico de Omsk, de donde Kolchak le sacó para darle un cargo en el Ministerio de Hacienda y Agricultura del Gobierno de Siberia. La caída*

*del almirante Kolchak motivó su fuga a los bosques del Yenisei y le dio ocasión para escribir Bestias, hombres, dioses.*

*Un capítulo de su vida parece estar en contradicción con sus opiniones declaradas, cuando en realidad sus actos estuvieron también entonces de acuerdo con sus principios. Hacia fin de 1905 presidió el Gobierno revolucionario de Extremo Oriente, cuyo cuartel general estaba en Karbin. Compartiendo con infinidad de súbditos rusos el amargo desengaño causado por la actitud del zar, repudiando los términos de su manifiesto de 17 de octubre de 1905, Ossendowski consintió en ponerse al frente del movimiento separatista, que debía segregar la Siberia Oriental del resto de Rusia. Durante dos meses dirigió los esfuerzos organizados para tal fin, creando subcomités en Vladivostok, Blagovestchenst y Tchita. Cuando la revolución de 1905 fracasó, arrastró en su caída a esta avanzada de Extremo Oriente.*

*En la noche del 15 al 16 de enero de 1906, Ossendowski fue detenido al mismo tiempo que sus principales asociados. Avisado con anticipación, hubiese podido huir, pero prefirió compartir la suerte de sus camaradas; y, condenado a muerte, le fue conmutada esta pena por la de dos años de prisión, debido a la intervención del conde White. Encarcelado en distintos puntos de Siberia, fue después trasladado a la fortaleza de Pedro y Pablo, en Petrogrado. Su estancia en las prisiones criminales de Siberia le valió un nuevo indulto, y recobró la libertad en 1907.*

*En el momento de la Conferencia de Washington, Ossendowski estaba agregado a la Embajada de Polonia como consejero técnico para los asuntos de Extremo Oriente.*

*Tiene publicado un notable folleto sobre la política asiática de los soviets.*

*Tal es, sumariamente referida, la accidentada vida de Fernando Ossendowski, hombre de ciencia y de acción, verdaderamente representativo de la época y la sociedad en la que tan brillante papel ha desempeñado.*

LEWIS S. PALEN.

# PRIMERA PARTE

## A BRAZO PARTIDO CON LA MUERTE

## CAPITULO PRIMERO

### EN LA SELVA

Al comenzar el año 1920 me hallaba yo en Siberia, en Krasnoiarks. La ciudad está situada a orillas del Yenisei, ese río majestuoso que tiene por cuna las montañas de Mongolia bañadas de sol y que va a verter el calor y la vida en el Océano Ártico. A su desembocadura fue Nansen dos veces para abrir al comercio europeo una ruta hacia el corazón de Asia. Allí, en lo más profundo del tranquilo invierno de Siberia, fue bruscamente arrastrado en el torbellino de la revolución desencadenada sobre toda la superficie de Rusia, sembrando en este rico y apacible país la venganza, el odio, el asesinato y toda clase de crímenes que la ley no castiga. Nadie podía prever la hora que había de señalar el destino. Las gentes vivían al día, salían de sus casas sin saber si podrían volver a ellas o si no serían prendidas en la calle y sepultadas en las mazmorras del comité revolucionario, parodia de justicia más terrible y sanguinaria que la de la Inquisición. Aunque extranjeros en este país trastornado, tampoco estábamos a salvo de las persecuciones.

Una mañana que fui a visitar a un amigo me informaron de repente que veinte soldados del Ejército rojo habían cercado mi casa para detenerme y que me era preciso huir. En seguida pedí prestado a mi amigo un traje usado de caza, cogí algún dinero y me escape a pie y muy de prisa por las callejuelas de la ciudad. Llegue pronto a la carretera donde contrate los servicios de un campesino, que en cuatro horas me transporto a treinta kilómetros, poniéndome en el centro de una región muy forestal. Por el camino había comprado un fusil, trescientos cartuchos, un hacha, un cuchillo, una manta de piel de carnero, te, sal, galletas y un perol. Me interne en el corazón del bosque hasta una cabaña abandonada y medio quemada. Desde aquel día me convertí en un verdadero trapense; pero realmente, por entonces, no me figure todo el tiempo que iba a desempeñar ese papel. A la mañana siguiente me dedique a la caza, y tuve buena suerte de matar dos gallos silvestres. Descubrí numerosos rastros de gamos, y todo ello me tranquilizo en cuanto al problema de la alimentación.

Sin embargo, mi permanencia en aquel sitio no duro mucho. Cinco días después, al volver de la caza, divise unas volutas de humo que partían de la chimenea de mi choza. Me acerque con precaución a la cabaña y tropecé con dos caballos ensillados, en los que había sujetos a las sillas los fusiles de unos soldados. Dos hombres sin armas no podían intimidarme a mi, que estaba armado, por lo que, atravesando rápidamente el claro del monte, entre en mi guarida. Dos soldados sentados en el banco se levantaron asustados. Eran bolcheviques. Sobre sus gorros de astracán se destacaban las estrellas rojas y prendidos en las guerreras ostentaban los ojos galones. Nos saludamos y nos sentamos. Los soldados habían ya preparado el té y lo tomamos juntos, charlando, pero no sin examinarnos con aire cauteloso. A fin de desvanecer sus sospechas, les referí que era cazador, que no pertenecía al país y que había venido a el porque la región abundaba en martas cibelinas. Ellos me dijeron que formaban parte de un destacamento de soldados enviados a los bosques para perseguir a los sospechosos.

– Ya comprenderéis, camarada – me dijo uno de ellos –, que andamos en busca de contrarrevolucionarios para fusilarlos.

No necesitaba estas explicaciones para darme cuenta de sus propósitos. Procure cuanto pude y con todos mis actos hacerles creer que era un simple labriego, cazador, y que nada tenía que ver con los contrarrevolucionarios. Luego pensé largo rato adónde debería dirigirme tan pronto me abandonasen mis poco gratos visitantes. Caía la noche. En la oscuridad sus tipos eran todavía menos simpáticos. Sacaron sus cantimploras de vodka, se pusieron a beber y el alcohol no tardo en producir visibles efectos. Alzaron el tono de voz y se interrumpieron continuamente, jactándose del número de burgueses que habían matado en Krasnoiarks y del de cosacos que habían hecho perecer bajo el hielo del río. Luego empezaron a reñir, pero pronto se fatigaron y prepararon para dormir. De improviso, se abrió bruscamente la puerta de la cabaña; el vaho de la estancia, de atmosfera

enrarecida, se escapo al exterior como una humareda, y mientras los vapores se disipaban, vimos surgir de en medio de una nube, parecido a un genio de cuento oriental, a un hombre de elevada estatura, de rostro enflaquecido, vestido como un campesino, tocado con un gorro de astracán y abrigado con una larga manta de piel de carnero, quien en pie desde el umbral de la puerta, nos amenazaba con la carabina. En el cinturón llevaba el hacha, sin la que no pueden pasar los labradores de Siberia. Sus ojos, vivos y relucientes como los de una bestia salvaje, se fijaron alternativamente en cada uno de nosotros. Bruscamente se quito el gorro, hizo la señal de la cruz y nos pregunto:

- ¿Quien es el amo aquí?
- Yo – respondí.
- ¿Puedo pasar la noche en esta cabaña?
- Si – conteste –; hay sitio para todo el mundo. Tomara una taza de te. Aun esta caliente.

El desconocido, recorriendo constantemente con la vista la extensión de la estancia, nos examino y reparo en cuantos objetos había en ella, despojándose de su abrigo y colocando el arma en un rincón del cuarto. Viose entonces que vestía una vieja chaqueta de cuero y un pantalón ajustado, hundido en unas altas botas de fieltro. Tenía el rostro juvenil, fino y algo burlón; los dientes, blancos y agudos, relucíanle, mientras que sus ojos parecían traspasar lo que miraban. Observe los mechones grises de su alborotada cabellera. Unas arrugas de amargura a ambos lados de la boca revelaban una vida inquieta y peligrosa. Ocupo un asiento cerca de su carabina y puso el hacha en el suelo, al alcance de la mano.

- Qué, ¿es tu mujer? – le preguntó uno de los soldados borrachos, indicando el hacha.

El campesino le miro tranquilamente, con ojos impasibles, dominados por espesas cejas, y le replico con pasmosa serenidad:

- En estos tiempos se corre el riesgo de tropezar con toda clase de gentes, y un hacha buena da mucha seguridad.

Comenzó a beber su té con avidez mientras que sus ojos se fijaron en mí repetidas veces, pareciendo interrogarme con la expresión que en sus miradas ponía, y luego escudriñaba con la vista todo cuanto le rodeaba, como para buscar una contestación que calmase sus inquietudes. Lentamente, con voz penosa y reservada, respondió a todas las preguntas de los soldados, al paso que bebía el té bien caliente; luego volvió la taza boca abajo para indicar que había concluido, poniendo sobre ella el terroncito de azúcar que le quedaba, y dijo a los bolcheviques:

- Voy a ocuparme de mi caballo y desensillare los vuestros al mismo tiempo.
- Convenido – respondió el soldado medio dormido –. Traednos también los fusiles.

Los soldados, tumbados en los bancos, solo nos dejaron el suelo a nuestra disposición.

El desconocido volvió pronto, trayendo los fusiles, que puso en un rincón oscuro. Dejo las monturas en el suelo, se sentó encima y se puso a quitarse las botas. Los soldados y mi nuevo huésped roncaron bien pronto, pero yo permanecí despierto, pensando en lo que debía hacer. Al fin, cuando apuntaba el alba, me adormecí para no despertarme hasta el pleno día; ya el forastero no estaba allí. Salí de la cabaña y le vi ocupado en ensillar una magnifico caballo bayo.

- ¿Os vais? –. Le dije.
- Si, pero esperaré para irme con los camaradas – murmuró –; luego volveré.

No le interrogué más, y solo le dije que le esperaría. Quito los sacos que llevaba colgados de la silla, los oculto en un rincón quemado de la choza, aseguro los estribos y la brida, y mientras acababa de ensillar, me dijo, sonriendo:

- Estoy dispuesto. Voy a despertar a los camaradas.

Pasada media hora de haber tomado té, mis tres visitantes se despidieron. Quede fuera recogiendo leña para encender lumbre. De improviso, a los lejos, unos disparos de fusil resonaron en los bosques. Uno primero, luego otro. Después volvió el silencio. Del sitio donde habían tirado, unas gallináceas, asustadas, volaron pasando sobre mi cabeza. En la copa de un pino, un grajo lanzo un grito. Escuche buen rato para inquirir si alguien se aproximaba a mi cabaña, pero todo estaba silencioso.



En el bajo Yenisei anochece temprano. Encendí fuego en mi estufa y comencé a calentar mi sopa, prestando atención a cuantos ruidos venían de fuera. Comprendía muy bien y claramente que en ningún momento la muerte se separaba de mi lado y que podía adueñarse de mi por todos los medios: el hombre, la bestia, el frío, el accidente o la enfermedad. Sabía que nadie había de acudir en mi ayuda, que mi suerte se hallaba en las manos de Dios, en el vigor de mis brazos y mis piernas, en la precisión de mi tiro y en mi serenidad de espíritu. Sin embargo, escuche inútilmente. No me di cuenta del regreso del desconocido. Como la víspera, se presentó en el umbral por arte de magia. A través de la niebla distinguí sus ojos risueños y su fino rostro. Entró en la cabaña y ruidosamente puso tres fusiles en el rincón.

- Dos caballos, dos fusiles, dos monturas, dos cajas de galletas, medio paquete de té, un saquito de sal, cincuenta cartuchos, dos pares de botas – enumeró jovialmente –. ¡Hoy hemos hecho una buena caza!

Le miré sorprendido.

- ¿Qué le asombra? – dijo, riendo –. *Komun ujuy eti tovarischi?* ¿Quién se preocupa de esa gentuza? Tomemos el té y a dormir. Mañana le conduciré a un lugar más seguro y podrá continuar su viaje.

## CAPITULO II

### EL SECRETO DE MI COMPAÑERO DE CAMINO

Al rayar el alba partimos, abandonando mi primer refugio. Pusimos en los sacos nuestros efectos personales y estibamos los sacos en una de las monturas.

- Es preciso que recorramos quinientas o seiscientas verstas – dijo con tono calmado mi compañero, que se llamaba Iván, nombre que nada decía a mi alma ni a mi imaginación en un país donde un hombre de cada dos se llama de ese modo.
- ¿Viajaremos, pues, mucho tiempo? – pregunte con pena.
- No más de una semana; tal vez menos -me respondió.

Aquella noche la pasamos en los bosques, bajo las anchas ramas de las frondosas copas de los abetos. Fue mi primera noche en la selva, al aire libre. ¡Cuántas noches semejantes estaba destinado a pasar así durante los dieciocho meses de mi vida errante! De día hacía un frío intenso. Bajo las patas de nuestros caballos la nieve helada rechinaba, se moldeaba bajo sus casco, para desprenderse y rodar por la superficie endurecida con ruido de vidrio roto.

Las aves volaban de árbol en árbol perezosamente; las liebres descendían con suavidad a lo largo de los cauces de los torrentes estivales. Al atardecer, el viento comenzaba a gemir y silbar, doblando las copas de los árboles por encima de nuestras cabezas, mientras que a ras de tierra todo permanecía tranquilo y silencioso. Hicimos un alto en un barranco profundo, bordeado de corpulentos árboles, y habiendo encontrado en él abetos derribados, los cortamos en leños para encender fuego, y después de haber preparado el té, pudimos comer.

Iván trajo dos troncos de árboles, los escuadró por un lado con su hacha, los colocó uno sobre otro juntando cara a cara los lados escuadrados, y luego socavó en los extremos un boquete que los separó unos nueve o diez centímetros. Entonces colocamos unos carbones ardiendo en aquella hendidura, y contemplamos el fuego correr rápidamente a todo lo largo de los troncos escuadrados puestos cara a cara.

- Ahora tendremos fuego hasta mañana por la mañana – me dijo –. Es la *naida* de los buscadores de oro; cuando vagamos por los bosques, verano e invierno, nos acostamos siempre junto a la *naida*. ¡Es maravilloso! No tardaréis en apreciarlo personalmente – continuó.

Cortó dos ramas de abeto y formó un tejadizo inclinado, haciéndolo descender en dos montantes, en dirección a la *naida*.

Por encima de nuestro tejado de ramaje y de nuestra *naida* se extendían las ramas del abeto protector. Trajimos más hojarasca, que esparcimos sobre la nieve y sobre el tejado; pusimos las mantas de las monturas en el suelo, y así hicimos un asiento en que Iván pudo instalarse. Luego se desnudó de medio cuerpo para arriba, y entonces noté que tenía la frente húmeda del sudor, el cual se enjugó, así como el cuello, con las mangas de su blusa.

- ¡Ahora sí que estamos calientes! – exclamó.

Poco tiempo después me vi obligado a quitarme el abrigo y no tardé en tenderme para dormir, sin ninguna manta, mientras que más allá de las ramas de los abetos y fuera de la *naida* reinaba un frío cortante, del que estábamos confortablemente protegidos. Desde aquella noche no he vuelto a tener miedo al frío. Helado durante el día, a caballo, la *naida* me caldea gratamente de noche, permitiéndome descansar sin la pesada manta, a cuerpo y con una ligera blusa, bajo la techumbre de los pinos y los abetos, luego de haber bebido una taza de té siempre bien venida.

Durante nuestras etapas cotidianas, Iván me contó historias de sus viajes entre las montañas y los bosques de Transbaikalia en busca de oro. Estas historias estaban llenas de vida, de aventuras atractivas, de peligros y luchas. Iván era el tipo clásico de esos buscadores de oro que han

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

